

LOS BEATLES

IGNACIO MARTÍN

Un día no los conocíamos, y al día siguiente eran las figuras de actualidad mundial. Como de rondón sus fotografías se colaron en todos los periódicos y revistas, haciéndose un sitio entre De Gaulle y Jacqueline Kennedy. Luego, llegó la invasión de sus discos. Y hélos ahí: cuatro jóvenes ingleses, todos entre los veinte y los veintitrés años, que tocan la guitarra y cantan. Su distintivo peculiar parece ser una ingente masa de pelo —cuatro años sin cortárselo. Con estos pocos ingredientes y una buena propaganda consiguieron exaltar a muchos millones de jóvenes norteamericanos, como antes habían exaltado a la juventud británica. Ya se sabe, donde quiera que vayan, encuentran una multitud juvenil —“lollitas” en su mayoría— que chilla, grita y trata de tocarlos. Por todas partes los “teenagers” (coca-colos) hablan de ellos. Hasta se han puesto de moda unas pelucas que imitan la cabellera de los Beatles, de las que se han vendido millares, y que a nosotros nos recuerdan las de los motilonos.

Ahora bien, ¿qué explicación tiene este hecho? Porque ante un efecto desproporcionadamente mayor que su causa, pensamos con razón que hay “gato encerrado”. El caso de los ídolos populares es un síntoma típico. James Dean, Elvis Presley o Brigitte Bardot podrían servirnos como modelos. Sin embargo, no encontramos en los Beatles rasgos paralelos con ellos. Los Beatles son, sencillamente, ídolos puros, casi iba a decir ídolos “porque sí”. No queremos pensar que la juventud anglosajona está sufriendo una histeria colectiva. Probablemente si vinieran a nuestros países sucedería otro tanto. O podría suceder. Por ahora, nos basta con constatar un hecho para adoptar una actitud ante él. Y la postura en este caso no puede ser otra que la de una expectación de valoración o, si se prefiere, una atención comprensiva. Cuando la juventud se desplaza a un lado o a otro, alguna razón ha de tener para ello. En principio, esa razón puede ser objetiva o no. Pero eso no interesa. Basta con que tenga una fuerza subjetiva. Tal vez, un hecho masivo como este que nos ocupa no tenga mayor importancia. Pero puede ser que tenga un significado, puede ser que la juventud trata de decirnos algo. Y, quizás, como el orador de Ionesco en “Las sillas”, teniendo un mensaje trascendental que comunicarnos, su garganta sólo produce sonidos guturales inconexos.

¿Qué tienen los Beatles? ¿Qué razón hay para que hayan sido ellos y no cualquier otro de los muchos cuartetos musicales que pululan por el mundo objeto de esta popularidad? Nos responden los jóvenes:

—Los Beatles son diferentes.

Pero, ¿son diferentes en qué? Musicalmente, desde luego que no. Para convencerse de eso, no hace falta más que oír alguno de sus discos. Mú-

sica moderna, si se quiere simpática, incitante, con mucho "ye, ye, ye..." pero nada más. Ni siquiera sus fanáticos parecen muy interesados en escucharlos —al menos directamente— pues no dejan de gritar durante sus presentaciones en público. Señal de que no son las cualidades artísticas de los Beatles la causa primaria de sus éxitos. Ellos mismos se consideran como "regulares".

Habremos de buscar su popularidad más bien en sus actitudes. Su pelo crece tranquilamente desde hace cuatro años, sin conocer tijera alguna. Su postura tiene mucho de la clásica frialdad británica y de cierto "snobismo" estudiado. Sus respuestas son desconcertantes. Preguntado en una ocasión uno de ellos qué pensaba sobre Beethoven, contestó que "le encantaban sus poemas". Y ninguno tiene inconveniente en confesar que "se están riendo de todos y de todo", y que "no toman nada en serio, más que el dinero". Todo esto nos produce una sensación desagradable de vacuedad, de "bluff" como dicen los británicos. En otras palabras, de inautenticidad.

Con razón podemos pensar que los Beatles sufren un penoso desenfoque. Porque si cifran toda su personalidad en esos rasgos exteriores, totalmente secundarios, se están alejando de sí mismos, están construyendo un edificio en el que todo son adornos, pero faltan los cimientos.

La personalidad se tome por donde se tome, se enfoque por donde se enfoque, ha de ser algo eminentemente interior. La célebre frase agustiniana, "la verdad" habita en el interior del hombre", no ha perdido nada de su actualidad. Lo exterior será —deberá ser— algo centrífugo o, por lo menos, fundamentado sólidamente en lo íntimo. De lo contrario, caeremos en un conductismo mal entendido, un conductismo degenerado, que correrá por donde sople el viento más fuerte. Es decir, la negación de la personalidad. O, si se prefiere, la inautenticidad típica de nuestros días.

Es triste, pero ese es tal vez el mundo hacia el que orientamos a nuestra juventud. Por eso los Beatles son algo tan suyo. "No nos dejen más" gritó una jovencita británica, cuando los idolatrados cantantes regresaron de los Estados Unidos. Se dice que los Beatles han producido un bien indirecto: la delincuencia juvenil ha disminuído debido a su influjo, ya que los jóvenes se encuentran demasiado ocupados en cantar y bailar sus ritmos. Pero no seamos ingenuos. El ternero dejó de pacer para ponerse a rumiar. Hasta que se canse de rumiar y se ponga de nuevo a pacer.

Es cuestión de enseñar a la juventud el camino de lo auténtico. Y este sólo puede ser uno: el "conócete a tí mismo" socrático. Por ahí, a la auténtica personalidad. Porque si, como mucho me temo —ojalá me equivoque— los Beatles ponen la "personalidad" en su gran mata de pelo, ¿qué va a pasar cuando se les caiga? No soy adivino. Lo más que puedo decir es que, tal vez entonces puedan empezar a ser auténticos.